

ROBERT
GALBRAITH

SANGRE TURBIA

un nuevo caso de
CORMORAN STRIKE

«Una serie
policíaca genial.
Espléndida.»

Sunday Mirror

El detective privado Cormoran Strike, que se halla en Cornwall visitando a su familia, es abordado en plena calle por una mujer que le pide ayuda para encontrar a su madre, Margot Bamborough, desaparecida en 1974 en extrañas circunstancias.

A pesar de que nunca se ha enfrentado a un caso ocurrido tantos años atrás y de ser consciente de las escasas posibilidades de éxito, Cormoran Strike y su compañera en la agencia, Robin Ellacott, que sigue atrapada entre un divorcio tormentoso y sus sentimientos hacia Cormoran, acaban aceptando el caso.

A medida que se van sumergiendo en la investigación, los dos detectives se topan con una historia terriblemente compleja poblada de cartas de tarot, un asesino en serie psicópata y testigos que son poco de fiar. Porque incluso un hecho ocurrido hace décadas puede ser mortal.

Índice

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Segunda parte

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Tercera parte

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Cuarta parte

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Quinta parte

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Sexta parte

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Séptima parte

Capítulo 72

Capítulo 73

Agradecimientos

Notas

*Para Barbara Murray,
trabajadora social, voluntaria de la WEA, maestra,
esposa, madre, abuela,
jugadora de bridge fabulosa
y la mejor suegra del mundo*

Por más que la buscaron y en cada sitio preguntaron
donde obtener pudieran noticias de su paradero,
aun así no obtuvieron ninguna.
Pero por qué triste destino
o dura desgracia ella fue hacia allí llevada
y sustraída de su amado compañero,
sería largo de contar...

EDMUND SPENSER
La reina hada

Pues, de no ser así, algo desaparecería y dejaría
de existir, lo que es matemáticamente absurdo.

ALEISTER CROWLEY
El libro de Thoth

PRIMERA PARTE

Luego venía el alegre verano...

EDMUND SPENSER

La reina hada

1

*Y tal fue aquel, de quien yo tengo que contar, el
campeón de la verdadera Justicia, Artegal.*

EDMUND SPENSER, *La reina hada*

–Eres un cornuallés de pura cepa –dijo Dave Polworth con fastidio–. Strike ni siquiera es tu verdadero apellido. En realidad, eres un Nancarrow. Ahora no irás a decirme que te consideras inglés, ¿verdad?

El Victory Inn estaba tan lleno aquella cálida noche de agosto que los clientes habían salido y se habían diseminado por los escalones de piedra del callejón que descendía hasta la bahía. Polworth y Strike estaban sentados a una mesa del rincón, tomándose unas cervezas para celebrar que Polworth cumplía treinta y nueve años. Llevaban veinte minutos discutiendo sobre nacionalismo cónico, pero a Strike le parecía que llevaban mucho más.

–¿Si me considero inglés? –caviló en voz alta–. No, seguramente me considero británico...

–Vete a la mierda –intervino Polworth, cada vez más malhumorado–. Eso es mentira. Sólo lo dices para cabrearme.

Físicamente, los dos amigos eran polos opuestos. Polworth era bajito y delgado como un *jockey*, tenía el cutis curtido y con arrugas prematuras, y su pelo, más bien escaso, dejaba entrever su bronceado cuero cabelludo. Llevaba una camiseta arrugada, como si la hubiese recogido del suelo o la hubiese sacado del cesto de la ropa sucia, y sus vaqueros tenían varios desgarrones. En el brazo iz-

quierdo llevaba un tatuaje con la cruz de san Piran, blanca sobre fondo negro, y en la mano derecha tenía una profunda cicatriz, un pequeño recuerdo de su encuentro con un tiburón.

Su amigo Strike, en cambio, parecía un boxeador en baja forma –y, de hecho, lo era–: alto (metro noventa), con la nariz un poco torcida, y el pelo tupido, negro y rizado. No llevaba tatuajes y, aunque en su mentón siempre se apreciaba la sombra de una barba, tenía ese aire pulcro y bien planchado típico de los expolicías o los exmilitares.

–Naciste aquí, ¿no? –insistió Polworth–. Pues entonces eres cornuallés.

–Lo malo es que, según ese patrón, tú eres de Birmingham.

–¡Vete a la mierda! –volvió a gritar Polworth sinceramente dolido–. Vivo aquí desde que tenía dos meses y mi madre es de Trevelyan. Es un tema de identidad, y eso se siente aquí. –Se dio una palmada en el pecho, a la altura del corazón–. La familia de mi madre lleva generaciones y generaciones en Cornualles.

–Ya, bueno, todo ese rollo de la sangre y el terruño nunca me ha...

–¿Te has enterado del último sondeo que han hecho? –repuso Polworth sin esperar a que Strike terminara la frase–. «¿Cuál es su origen étnico?», preguntaban, y la mitad, ¡la mitad!, señaló «cornuallés» en lugar de «inglés». Eso supone un aumento impresionante.

–Genial –replicó Strike–. ¿Y qué será lo siguiente? ¿Casillas para dumnonos y romanos?

–Sigue usando ese tono de superioridad de mierda y verás cómo acabas –dijo Polworth–. Llevas demasiado tiempo en Londres, tío. No hay nada malo en estar orgulloso de ser de donde eres. No hay nada malo en que las comunidades quieran recuperar un poco del poder que les ha quitado Westminster. Los escoceses van a marcar el camino el año que viene. Ya lo verás. Ellos conseguirán la

independencia y eso será el detonante. Los otros pueblos celtas de todo el país se pondrán en marcha... ¿Quieres otra? –añadió señalando la jarra vacía de su amigo.

Strike había ido al pub a relajarse un rato y a olvidarse de sus problemas, y no a que lo sermonearan sobre política cónica. La lealtad de Polworth a Mebyon Kernow, el partido nacionalista al que pertenecía desde los dieciséis años, parecía haber aumentado desde la última vez que Strike lo había visto, hacía ya más de un año. Dave era capaz de hacerlo reír como nadie, pero no toleraba las bromas sobre la independencia de Cornualles, un tema que para Strike tenía el mismo atractivo que los textiles para el hogar o la observación de trenes. Por un momento, estuvo a punto de contestarle que tenía que volver a casa de su tía, pero esa perspectiva era casi más deprimente que la invectiva de su viejo amigo contra los supermercados que se resistían a poner la cruz de san Piran en los productos de Cornualles.

–Sí, gracias –dijo finalmente, y tendió su jarra vacía a Dave, que se abrió paso hasta la barra, saludando a derecha e izquierda con la cabeza a sus numerosos conocidos.

Cuando se quedó solo en la mesa, Strike paseó distraído la mirada por el que siempre había considerado «su pub». Había cambiado a lo largo de los años, y aun así seguía reconociéndolo como el lugar donde se reunía de adolescente con sus amigos cornualleses. Tenía una sensación extraña: allí se sentía como en casa, pero también era un sitio en el que no encajaba en absoluto. Era como si lo excluyeran y, al mismo tiempo, lo aceptaran como uno más.

Su mirada siguió deslizándose al azar del suelo de madera a las litografías náuticas, hasta que se encontró mirando los grandes y anhelantes ojos de una mujer que estaba de pie junto a la barra con una amiga. Tenía el rostro alargado y pálido, y una melena corta de color castaño oscuro entreverada con algunas canas. Strike no la recono-

ció, pero ya se había fijado desde hacía un buen rato en que algunos clientes estiraban el cuello para verlo bien o intentaban atraer su mirada, así que sacó su teléfono móvil y fingió que escribía un mensaje.

Sus conocidos tenían la excusa perfecta para entablar conversación en cuanto él diera la más mínima señal de estar dispuesto a hablar, porque, al parecer, en Saint Mawes todos sabían que, hacía diez días, a su tía Joan le habían diagnosticado un cáncer de ovarios avanzado, y que él, su hermanastra Lucy y los tres hijos de esta habían acudido de inmediato a casa de Joan y Ted para ofrecerles todo su apoyo. Strike llevaba una semana contestando preguntas, aceptando muestras de compasión y rechazando educadamente todo tipo de ofrecimientos de ayuda cada vez que salía de casa. Estaba harto de buscar nuevas formas de decir: «Sí, parece terminal» y «Sí, es una putada para todos».

Polworth regresó a la mesa con dos cervezas más.

—Aquí tienes, Diddy —dijo mientras se sentaba de nuevo en el taburete.

Ese viejo apodo no era, como mucha gente creía, una referencia irónica a la envergadura de Strike, sino que derivaba de «Didicoy», que significa «gitano» en corno. Al oírlo, Strike se ablandó. Ese tipo de cosas le recordaban por qué su amistad con Polworth era la más duradera de su vida.

Treinta y cinco años atrás, Strike había llegado a la escuela primaria de Saint Mawes al comienzo del segundo trimestre; era demasiado alto para su edad, y su acento era muy distinto al del resto de los habitantes del pueblo. Pese a haber nacido en Cornualles, su madre se lo había llevado de allí en cuanto se recuperó del parto; se había largado de noche con el bebé en brazos, y había regresado a la vida de Londres que tanto amaba y que consistía en ir revoloteando de piso en piso —la mayoría de ellos ocupados— y de fiesta en fiesta. Cuando Strike tenía cuatro

años, su madre regresó a Saint Mawes con su hijo y su hija recién nacida, Lucy, pero volvió a desaparecer de madrugada, sólo que esta vez no se llevó a los niños.

Strike nunca llegó a saber qué había escrito exactamente Leda en la nota que había dejado en la mesa de la cocina. Seguro que tenía algún problema con algún case-ro o algún novio, o quizá hubiese algún festival de música que no se quería perder: con dos críos auestas, no era fácil vivir como ella quería. Fuera cual fuese la razón de su prolongada ausencia, la cuñada de Leda, Joan, una mujer convencional y organizada –todo lo contrario que Leda, caótica y veleidosa–, se fue con Strike a comprarle un uniforme y lo matriculó en la escuela del pueblo.

Los otros niños de cuatro años se quedaron embobados cuando les presentaron al recién llegado, y algunos incluso se rieron un poco cuando la maestra dijo su nombre, Cormoran. Él estaba muy preocupado con eso de ir a la escuela: recordaba muy bien que su madre le había dicho que lo iba a educar ella misma en casa, pero cuando intentó explicarle a tío Ted que no creía que Leda aprobara que lo llevaran a la escuela, su tío, que por lo general era muy comprensivo, en esta ocasión se mostró tajante, así que de pronto Strike se encontró rodeado de desconocidos con un acento de lo más extraño. Aunque nunca había sido muy llorón, se sentó ante el viejo pupitre con un nudo del tamaño de una manzana en la garganta.

La razón concreta por la que Dave Polworth –el capo en miniatura de la clase– había decidido hacerse amigo del nuevo nunca tuvo una explicación satisfactoria, ni siquiera para Strike. No podía ser el miedo a su tamaño, porque los dos mejores amigos de Dave eran hijos de robustos pescadores, y Dave, además, era famoso por su ferocidad en las peleas, inversamente proporcional a su estatura. Fuera como fuese, al finalizar aquel primer día Polworth ya se había convertido en su amigo y protector, y se había encargado de recalcarles a sus compañeros de cla-

se los motivos por los que Strike merecía todo su respeto: había nacido en Cornualles; era sobrino de Ted Nanca-row, miembro de la guardia costera del pueblo; no sabía dónde estaba su madre y él no tenía la culpa de que su forma de hablar fuera rara.

A pesar de lo enferma que estaba la tía de Strike, de lo mucho que le había gustado tener a su sobrino en casa una semana entera y de que era consciente de que se marcharía a la mañana siguiente, esa noche Joan prácticamente lo había empujado hasta la calle para que fuese a celebrar el cumpleaños del «Pequeño Dave». Joan daba muchísimo valor a los lazos que se conservaban a lo largo del tiempo, y estaba encantada de que Strike y Dave Polworth siguieran siendo amigos. Para ella, aquella amistad era una prueba de que no se había equivocado al matricular a su sobrino en la escuela del pueblo sin tener en cuenta las intenciones de su madre, y de que Cornualles era el verdadero hogar de Strike, por mucho que hubiera deambulado por el país y se hubiera instalado en Londres.

Polworth dio un gran trago a su cuarta cerveza y, tras volver un poco la cabeza y fulminar con la mirada a la mujer morena y a su amiga rubia, que seguían observando a Strike, dijo:

–Putos turistas...

–¿Y cómo te ganarías la vida sin ellos? –le preguntó Strike.

–No digas tonterías –se apresuró a decir Polworth–. Tenemos un montón de turistas locales que son fieles y vuelven todos los años.

Polworth había dimitido no hacía mucho de su cargo de dirección en una empresa de ingeniería de Bristol para trabajar de jefe de jardinería de unos enormes jardines públicos en la costa de Saint Mawes. Era submarinista titulado y un experto surfista, y competía en las Iron Man; siempre había sido muy movido, y ya desde pequeño le